

—Eso es verdad,—dijo Deslauriers, cortándole en redondo la palabra,—«esto no puede durar por más tiempo.»

Y se puso á describir el cuadro de la situación.

Habíamos sacrificado á Holanda para obtener de Inglaterra el reconocimiento de Luis Felipe, y aquella famosa alianza inglesa, se había perdido gracias á los matrimonios españoles. En Suiza, Guizot, á remolque del austriaco, sostenía los tratados de 1815. La Prusia, con su Zollverein, no preparaba dificultades. La cuestión de Oriente continuaba pendiente.

—Eso no es una razón para que el gran duque Constantino envíe regalos al de Aumale para fiarse mucho de Rusia. En cuanto al interior, jamás se ha visto mayor ceguera, mayor tontería. La misma mayoría no se sostiene ya. Por todas partes, en fin, eso es, según la conocida frase, nada, nada, nada. Y ante vergüenzas tantas—proseguía el abogado poniendo sus puños en las caderas—«se declaran satisfechos.»

Aquella alusión á un voto célebre provocó aplausos. Dussardier destapó una botella de cerveza: la espuma manchó las cortinas, pero él no se preocupó; alargó las pipas, cató el *brioche*, ofreció, bajó muchas veces para ver si el ponche iba á llegar, y no tardaron en exaltarse todos, pues todos tenían contra el poder igual exaspe-

ración violenta y sin otra causa que el odio á la injusticia, mezclando á las culpas legítimas los más necios reproches.

El farmacéutico gimió acerca del deplorable estado de nuestra flota. El corredor de seguros no toleraba los dos centinelas del mariscal Soult. Deslauriers, denunció á los jesuitas que acababan de instalarse en Lille, públicamente. Sénecal execraba aún más á Cousin; porque el eclecticismo, que enseña á obtener la certidumbre de la razón, desarrolla el egoísmo, destruye la solidaridad; el tratante de vinos, comprendiendo poco aquellas materias, observó muy alto que se olvidaba de muchas infamias.

—El vagón real de la línea del Norte debe costar ochenta mil pesetas.

—¿Quién las pagará?

—Sí, ¿quién las pagará?—replicó el empleado de comercio, furioso como si hubieran sacado aquel dinero de su bolsillo.

Siguieron las recriminaciones contra los lobos terribles de la Bolsa y la corrupción de los funcionarios. Debía elevarse aun más la acusación, según Sénecal, y dirigirse primero contra los príncipes, que resucitaban las costumbres de la Regencia.

—¿No han visto ustedes últimamente á los amigos del duque de Montpensier volver de Vincennes, ébrios indudablemente, y turbar con

sus canciones á los obreros del arrabal de San Antonio.

—Hasta se ha gritado: ¡Abajo los ladrones!—dijo el farmacéutico.—Yo estaba allí y grité también.

—¡Tanto mejor! El pueblo al fin se despierta después del proceso de Teste-Cubières.

—A mí ese proceso me ha dado pena—dijo Dussardier—porque eso deshonra á un antiguo soldado.

—¿Saben ustedes—añadió Sénecal—qué se ha descubierto en casa de la duquesa de Praslin?...

Pero la puerta se abrió de un puntapié, y Hussonnet entró.

—¡Salud, señores míos!—dijo sentándose sobre la cama.

No se hizo alusión alguna á su artículo, que por su parte lamentaba, por haberle zurrado fuerte la Mariscala, á propósito del mismo.

Venía de ver, en el teatro de Dumas el *Caballero de la Casa Roja* y encontraba aquello fastidioso.

Semejante juicio admiró á los demócratas, porque aquel drama por sus tendencias, sus decoraciones más bien, alhagaba las pasiones. Protestaron. Sénecal, para terminar, preguntó si la pieza servía á la Democracia.

—Sí... quizás; pero es de un estilo...

—Pues entonces es buena: ¿qué es el estilo? la idea es lo principal.

Y sin dejar que hablara Federico, añadió:

—Decía yo que en el asunto Praslin... Hussonnet le interrumpió.

—Un achuchón más. ¡Cuanto me fastidia eso!

—Y á otros además.—replicó Deslauriers.—¡Ese negocio ha hecho recoger nada más que cinco periódicos! Escuchen ustedes esta nota.

Y sacando su libro de memorias, leyó:

—Hemos sufrido, desde el establecimiento de la mejor de las repúblicas, mil doscientos veintinueve procesos contra la prensa, de donde ha resultado para los escritores: tres mil ciento cuarenta y un años de prisión, con la ligera suma de siete millones ciento diez mil quinientas pesetas de multa. ¿Es gracioso, eh?

Todos se sonreían amargamente. Federico, tan animado como los demás, repuso:

—*La Democracia pacífica* tiene su proceso contra su folletín, que es una novela titulada *De parte de las mujeres*.

—Vamos bien,—dijo Hussonnet.—¡Si nos prohíben nuestra parte de las mujeres!

—¿Pero qué es lo que no está prohibido?—exclamó Deslauriers.—Está prohibido fumar en el Luxemburgo, prohibido cantar el himno á Pío IX.

—Y se prohíbe el banquete de los tipógrafos!—articuló una voz sorda.

Era la del arquitecto, oculto por la sombra de la alcoba, y hasta aquel momento silencioso. Añadió que en la semana pasada habían condeñado por ultrajes al rey á un llamado Rouget.

—Salmonete (Rouget) está frito—dijo Hussonnet.

—Aquella gracia pareció de tal manera inconveniente á Sénecal, que le reprochó por defender «al juglar del Ayuntamiento, al amigo del traidor Dumouriez.»

—¿Yo? al contrario.

El encontraba á Luis Felipe necio, guardia nacional, todo lo que había más de tendero y gorro de algodón. Y poniendo la mano sobre su corazón, el bohemio pronunció las frases sacramentales:—Siempre con nuevo placer...—La nacionalidad polaca no perecerá...—Se continuarán nuestros grandes trabajos...—Dadme dinero para mi modesta familia...—Todos se reían mucho, proclamándole un muchacho delicioso, lleno de ingenio; la alegría redobló ante la vista de ponchera llena que un cafetero llevó.

Las llamas de alcohol y las de las bujías calentaron pronto la habitación; y la luz de la guardilla, atravesando el patio, iluminaba enfrente el alero de un tejado, con el tubo de una chimenea que se alzaba recta y negra en la os-

curidad. Hablaban muy alto, todos á la vez; se habían quitado las levitas, tropezaban en los muebles, chocaban los vasos.

Hussonnet gritó:

—Hagan ustedes subir grandes señoras para que esto sea más *Torre de Nesle*, con colorlocal, y *rembranesco*, ¡pardiez!

Y el farmacéutico, que bebía ponche indefinidamente, entonó á plena voz:

«Tengo dos grandes bueyes en mi establo, dos grandes bueyes blancos...»

Sénecal le puso la mano sobre la boca, porque no gustaba del desorden; y los inquilinos se asomaban á las ventanas, sorprendidos por aquel ruido insólito que salía del alojamiento de Dussardier.

El excelente muchacho era feliz, y dijo que aquello le recordaba las modestas sesiones de otro tiempo, en el muelle Napoleón: muchos faltaban sin embargo, como Pellerin...

Podemos pasar sin él—observó Federico.

Y Deslauriers se informó de Martinon.

—¿Qué se hace ese interesante caballero?

Al punto Federico, desahogando la mala voluntad que le tenía, atacó su ingenio, su carácter, su falsa elegancia, el hombre entero. Era todo un tipo de aldeano improvisado señorito, la aristocracia nueva, la burguesía, no valía lo que la antigua, la nobleza. Sostenía aquella, y

los demócratas aprobaban, como si él hubiera formado parte de la una, y hubieran los otros frecuentado la otra. Quedaron encantados de él. El farmacéutico hasta le comparó á d'Alton Shée, que aunque Par de Francia, defendía la causa del pueblo.

La hora de marcharse había llegado. Todos se separaron con grandes apretones de manos; Dussardier, por ternura, acompañó á Federico y Deslauriers. Desde que estuvieron en la calle, el abogado parecía reflexionar, y dijo después de un momento de silencio:

—¿Aborreces mucho, pues, á Pellerin?

Federico no ocultó su rencor.

El pintor había retirado, sin embargo, de la muestra, el famoso cuadro. No debían indisponerse por fruslerías. ¿Para qué hacerse un enemigo?

—Ha cedido á un minuto de mal humor, excusable en un hombre que no tiene un céntimo. Tú no puedes comprender esto.

Y Deslauriers subió á su casa, pero el dependiente no abandonó á Federico, y hasta le excitó á que comprara el retrato. En efecto, Pellerin, desesperando de intimidarle, les había preparado para que por sus gestiones tomara la tela.

Dussardier volvió á hablar de ella, insistió. Las pretensiones del artista eran razonables.

—Estoy seguro que quizás mediante quinientas pesetas...

—¡Ah... dáselas, tómalas!—dijo Federico.

Aquella misma noche le llevaron el cuadro. Le pareció más abominable aún que la primera vez. Las medias tintas y las sombras se habían aplomado con los retoques demasiado numerosos, y parecían oscurecidos con relación á las luces, que permanecían brillantes á trechos y desentonaban el conjunto.

Federico se vengó de haberlo pagado, denigrándolo amargamente. Deslauriers lo creyó bajo su palabra y aprobó su conducta, porque ambicionaba siempre constituir una falange de la que sería el jefe; ciertos hombres se regocijan de hacer á sus amigos cosas que les son desagradables.

Federico, á pesar de todo, no había vuelto á casa de los Dambreuse. Los capitales le faltaban, y esto daría lugar á infinitas explicaciones; vacilaba en decidirse ¿Tendría quizás razón? Nada era seguro, ahora, ni el negocio de las hullas ni otro alguno; era preciso abandonar aquella sociedad; por fin, Deslauriers, le separó de la empresa. A fuerza de odio se volvía virtuoso; y además quería más á Federico en la medianía. De esa manera permanecía su igual y en más íntima comunión con él.

La comisión de la señorita Roque había

sido muy mal ejecutada. Su padre le escribió, suministrándole las más precisas explicaciones, y finalizaba su carta con esta broma: «A riesgo de dar á usted mal de negro.»

Federico no tenía más remedio que volver á casa de Arnoux. Subió al almacén y no vió á nadie. La casa de comercio se hundía, y los empleados imitaban la incuria del principal.

Dejó á un lado el largo armario, cargado de porcelanas, que ocupaba de uno á otro extremo de la habitación; después, llegado al fondo, delante del escritorio, pisó más fuerte para hacerse oír.

El portier se levantó y apareció la señora de Arnoux.

—¡Cómo! ¿Usted aquí, usted?

—Sí—balbuceó ella algo turbada.—Buscaba...

Vió un pañuelo cerca del pupitre, y adivinó que había bajado á la habitación de su marido para darse cuenta, aclarar sin duda alguna inquietud.

—Pero.. tendrá usted quizás necesidad de algo,—dijo ella.

—Poca cosa, señora.

—Estos dependientes son intolerables; siempre están ausentes.

No había que condenarles; por el contrario, se felicitaba de la circunstancia.

Ella le miró irónicamente.

—Y bien ¿ese matrimonio?

—¿Qué matrimonio?

—El de usted.

—Yo, jamás en mi vida.

Hizo ella un gesto de incredulidad.

—Y aun cuando eso fuera. Uno se refugia en la medianía, por desesperación de lo hermoso que uno ha soñado.

—No todos los sueños de usted, sin embargo, eran tan... cándidos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cuando se paseaba usted en las carreras con... ¡personas!

Maldijo á la Mariscala; pero un recuerdo acudió á su mente y dijo:

—Pero usted misma, en otro tiempo, me rogó que la viera, en interés de Arnoux.

Y ella replicó moviendo la cabeza:

—Y usted se aprovechaba de eso para distraerse,

—Olvidemos, por Dios, todas esas tonterías.

—Es justo, puesto que va usted á casarse.

Y retenía un suspiro, mordiéndose los labios.

Entonces él gritó:

—Repito á usted que no. ¿Puede usted creer que yo, con mis necesidades de inteligencia, mis costumbres, vaya á esconderme en provin-

cias para jugar á las cartas, vigilar trabajadores y pasearme en zapatillas? ¿Con qué otro objeto entonces? Le han contado á usted que era rica, ¿no es verdad? ¡Bah, yo me río del dinero! Es que después de haber deseado cuanto hay de más bello, de más tierno, de más encantador, una especie de paraíso en forma humana, y cuando lo he encontrado, por fin, ese ideal, cuando esa visión me oculta las demás...

Y cogiéndola la cabeza con ambas manos, empezó á besarla los párpados, repitiendo:

—No, no, jamás me casaré, jamás, jamás.

Ella aceptaba aquellas caricias absorta por la sorpresa y por el gozo.

La puerta del almacén, de lo alto de la escalera se abrió. Ella dió un salto y permaneció con la mano extendida como para pedirle silencio. Se aproximaron pasos; después alguien dijo desde fuera:

—¿Está ahí la señora?

—Adelante.

La señora de Arnoux tenía el codo sobre el escritorio, y movía una pluma entre los dedos, tranquilamente, cuando el tenedor de libros alzó el portier.

Federico se levantó.

—Señora, tengo el honor de saludar á usted. El servicio estará pronto, ¿no es verdad? ¿puedo contar con ello?

—Ella nada respondió; pero aquella muda complicidad inflamó su rostro de todos los rubores del adulterio.

Al día siguiente volvió casa de ella y fué recibido. Con el fin de perseguir sus ventajas, inmediatamente, sin preámbulo, Federico empezó por justificarse del encuentro en el campo de Marte. Solo la casualidad le había hecho tropezar con aquella mujer. Admitiendo que fuese linda (cosa que no era cierta) ¿cómo podría detenerse en ella su pensamiento, ni aun por un minuto, puesto que amaba á otra?

—Lo sabe usted bien, se lo he dicho á usted.

La señora de Arnoux bajó la cabeza.

—Siento que me lo haya usted dicho.

—¿Por qué?

—Las más elementales conveniencias exigen ahora que yo no vuelva á ver á usted.

—Protestó él de la inocencia de su amor. El pasado respondía del porvenir: se había prometido no perturbar su existencia, no aturdirla con sus lamentaciones.

—Pero ayer mi corazón se desbordaba.

—No debemos pensar más en aquel momento, amigo mío.

—Sin embargo, ¿qué mal habría en que dos pobres séres confundieran su tristeza?

Y después:

—Porque usted tampoco es feliz. ¡Oh, yo la conozco á usted! no tiene usted á nadie que comprenda la necesidad de afección, de sacrificio, que usted siente. Yo haré todo lo que usted quiera! ¡No la ofenderé á usted... se lo juro.

Y se dejó caer de rodillas, á su pesar, aplastado por un peso interior demasiado pesado.

—Levántese usted—dijo ella—lo quiero.

Y le declaró que si no obedecía no la volvería á ver nunca.

—¡Ah, le desafío á usted!—repuso Federico—Qué es lo que tengo que hacer yo en el mundo? Los demás se esfuerzan por la riqueza, la celebridad, el poder. Yo, no tengo estado, usted es mi ocupación exclusiva; toda mi fortuna, el objeto, el centro de mi existencia, de mis pensamientos. ¡Yo no puedo vivir sin usted como no podría vivir sin el aire del cielo! ¿Es que no siente usted la aspiración de mi alma subir hasta la de usted, y que deben confundirse, y que muerdo por realzarlo?

La señora de Arnoux se puso á temblar extremadamente.

—Váyase usted, se lo ruego.

La expresión perturbada de su semblante le detuvo. Después adelantó un paso, pero ella se hizo atrás y juntando las dos manos, dijo:

—¡Déjeme usted en nombre del cielo, por gracia!

Y Federico la amaba de tal modo, que salió.

Muy pronto se encolerizó consigo mismo, se reconoció un imbécil, y veinticuatro horas después, volvió.

La señora no estaba. Permaneció sobre la meseta aturdido de furor y de indignación. Arnoux se presentó y le dijo que su mujer, aquella misma mañana, se había marchado para instalarse en una casita de campo que alquilaban en Auteuil, por que ya no poseían la de Saint-Cloud.

—Esta es una más de sus humoradas. En fin, puesto que eso la agrada, y á mi también, ¡tanto mejor! ¿Comeremos juntos esta noche?

Federico alegó un negocio urgente, y enseguida corrió á Auteuil.

La señora de Arnoux dejó escapar un grito de alegría. Entonces todo su rencor desapareció.

No habló de su amor. Para inspirarle mayor confianza, hasta exageró su reserva, y cuando preguntó si podría volver, ella contestó: «Sin duda,» ofreciendo su mano, que casi al punto retiró.

Federico, desde entonces, menudeó sus visitas. Prometía al cochero gruesas propinas. Pero, con frecuencia, la lentitud del caballo le impa-

cientaba y se bajaba, y sin aliento, subía en un ómnibus. ¡Cómo desdeñaba las caras de las gentes sentadas enfrente de él, y que no iban á casa de ella!

Reconocía desde lejos su casa, en una enorme madre selva que cubría por un solo lado las tejas. Era aquella una especie de chalet suizo, pintado de encarnado, con un balcón exterior. Había en el jardín tres viejos castaños, y en el centro, sobre una elevación, un quitasol de paja sostenido por el tronco de un árbol. Bajo la pizarra de los muros, una gruesa parra mal sujeta colgaba por algunos lados, como un cable destrozado. La campanilla de la verja, un poco fuerte, prolongaba su repique, y había que esperar siempre mucho tiempo hasta que venían. Cada vez que esto pasaba, sentía una angustia, un temor indeterminado.

Después oía crugir en la arena las pantuflas de la criada; ó bien la misma señora de Arnoux se presentaba. Un día llegó hasta detrás de ella, que, agachada, sobre el césped, buscaba violetas.

El carácter de su hija la había obligado á meterla en un convento. Su chiquillo pasaba la tarde en una escuela, Arnoux hacía largos almuerzos en Palacio-Real con Regimbart y el amigo Compain. Ningún fastidioso podía sorprenderlos.

Estaba decidido que no debían pertenecerse.

Aquella conveniencia que les garantizaba del peligro, facilitaba sus expansiones.

Contóle ella su existencia de otro tiempo, en Chartres, casa de su madre; su devoción hacia los doce años; después su furor por la música; cuando cantaba hasta la noche, en su cuartito, desde donde se veían las murallas. Contóle él sus melancolías en el colegio, y cómo en su cielo poético resplandecía un rostro de mujer, de tal suerte que al verla por primera vez, la había reconocido.

Aquellos discursos no abrazaban, generalmente, sino los años de su trato. Recordábale él detalles insignificantes, el color de su traje en tal época; qué persona se había presentado tal día; lo que ella había dicho en cierta ocasión, y ella contestaba por completo maravillada:

—Sí, lo recuerdo.

Sus gustos, sus juicios eran los mismos. A menudo el que escuchaba al otro, exclamaba:

—Yo también.

Después venían las quejas interminables contra la Providencia.

—¿Por qué el cielo no lo ha querido? ¡Si nos hubiéramos encontrado!..

—¡Ah, si yo hubiera sido más joven!—suspiraba ella.

—No, yo un poco más viejo.

Y se imaginaba una vida exclusivamente